

La memoria como impulso de resistencia y prefiguración en las luchas socioambientales

*Mina Lorena Navarro Trujillo**

Resumen

En el presente artículo se esbozan algunos elementos que configuran la confrontación, el antagonismo social y los impulsos de autodeterminación y prefiguración de las luchas socioambientales. Se hace hincapié en la memoria, como uno de los dispositivos de resistencia más importantes frente al despojo y el cercamiento de los bienes comunes en México.

Palabras clave: Luchas socioambientales, memoria, prefiguración, acumulación originaria, desgarramiento del metabolismo sociedad-naturaleza.

Abstract

This article outlines some elements that make up the confrontation, the social antagonism and the impulse of self determination and foreshadowing of the socio-environmental struggles, emphasizing memory as one of the most important devices of resistance against dispossession and enclosure of the commons in Mexico.

Keywords: Social-environmental struggles, memory, foreshadowing, primitive accumulation, tearing of the society-nature metabolism.

* Profesora de asignatura del Centro de Estudios Sociológicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; [mina.navarro.t@gmail.com].

Acumulación originaria y desgarramiento del metabolismo actividad sociedad-naturaleza

A contrapelo del proceso fundacional y expansivo de la modernidad capitalista, la práctica humana ha sido parte del metabolismo sociedad-naturaleza. En los órdenes precapitalistas, las relaciones sociales estaban tejidas de manera diferente, las actividades de las personas se unían socialmente sobre la base de la cualidad de las características concretas de las actividades desarrolladas en lo que podríamos llamar economía de subsistencia, no sobre la abstracción de esas especificidades (Holloway, 2011:114) como ocurrió posteriormente con la economía monetaria. Con la desaparición de la economía de subsistencia que había predominado antes del capitalismo, la unidad de producción y reproducción que había sido típica de todas las sociedades basadas en la producción-para-el-uso llegó a su fin (Federici, 2011:123).

El desgarramiento de esta forma de sociabilidad comenzó en los siglos xv y xvi, con la llamada acumulación originaria o primitiva, llamada así por Marx por configurar la prehistoria del capitalismo y su modo de producción, al impulsar la escisión entre productores y medios de producción del campesinado europeo. Lo anterior implicó la separación súbita y violenta de grandes masas humanas de sus medios de subsistencia de producción arrojándolas, en calidad de proletarios totalmente libres, al mercado de trabajo (Marx, 2000:893). Además de la expulsión de los campesinos en Europa como elemento fundamental en la transición del feudalismo al capitalismo, el descubrimiento de América, la Conquista, el saqueo de las Indias Orientales y la extracción de esclavos de África fueron procesos constitutivos de esta primera acumulación.

En palabras de Karl Polanyi, este proceso de “gran transformación” implicó que “la tierra y el trabajo quedaran súbitamente separados, mientras que tradicionalmente el trabajo formaba parte de la vida, la tierra formaba parte de la naturaleza, vida y naturaleza formaban un todo articulado” (Polanyi s. f., citado en Alimonda, 2009:15-16).

La desestructuración de esos equilibrios ha venido operando a partir de una doble alienación (Bellamy, 2000:29). Por un lado, la

alienación de la naturaleza, al convertirla en una mercancía e insertarla en el flujo unidimensional del valor y la productividad económica. Y, por otro lado, la alienación del hombre mediante la transformación del hacer concreto en trabajo, es decir, el trabajo ya no se basa en una transformación de bienes de la naturaleza y energía en valores de uso para satisfacer necesidades humanas, sino que es absorbido por una lógica abstracta —la del valor de cambio— que controla y comanda el proceso de producción.

Es fundamental señalar que a partir de la acumulación originaria con la violenta disociación de los productores y sus medios de producción y el consecuente desgarramiento metabólico de la actividad humana con la naturaleza, se sientan las bases de la sociedad capitalista, sin embargo estas condiciones no sólo se presentaron en el proceso fundacional del capitalismo, sino que desde entonces, lo han hecho de manera reiterada y repetitiva hasta nuestros días. De hecho, la violencia, las guerras y los saqueos son condiciones fundamentales para garantizar la reproducción del capital.

El proceso de abstracción del hacer en trabajo, como consecuencia de la desposesión implica que los nuevos proletarios estén bajo el dominio del capital y tengan que vender su fuerza de trabajo para sobrevivir. Este proceso de transformación social trajo consigo una nueva forma de sociabilidad en la que las cosas ya no son producidas para el uso, sino para el intercambio. La relación entre las mercancías ocupa el lugar de las relaciones entre los productores que las generan, es decir, las relaciones entre productores han tomado la forma de relaciones entre cosas. En consecuencia, esto ha empujado a una mercantilización radical de todos los aspectos de las relaciones sociales (Holloway; 2011:117). La fetichización de la mercancía implica que ésta se nos presente como una fuerza ajena que gobierna nuestras vidas, no como obra de nuestra creación y de nuestra propia actividad humana.

En el marco de este proceso histórico, en los últimos treinta años es de resaltar que el desarrollo de las sociedades capitalistas y la implementación de una avanzada base científico-tecnológica ha profundizado la voracidad y violencia con la que el sistema se ha apropiado del trabajo vivo y de la naturaleza. El avance sobre espacios no sub-

sumidos a la lógica del valor y de las formas campesinas y populares es una de las estrategias más importantes para solucionar espacial y temporalmente la necesidad de reproducción del capital (Harvey, 2004:102). Esto, sin lugar a dudas, ha recrudescido las condiciones de un nuevo campo de batalla a nivel global en el que se juega la mercantilización de la vida en todos sus ámbitos.

Las múltiples e intersticiales experiencias de lucha contra las diferentes formas del despojo capitalista –incluidos los primeros cercamientos de tierras comunales en Europa o los regímenes comunales de las civilizaciones indígenas del continente americano–, son parte de un mismo proceso de resistencia de larga duración, al que, entre muchísimos otros, se suma la familia más reciente de luchas socioambientales o del ecologismo popular, y es notoria su irrupción en América Latina, donde múltiples subjetividades se rebelan y defienden su tierra, territorio y cultura contra esta invasión permanente y cada vez más violenta.

El énfasis de estas luchas en la defensa de los “bienes comunes” las convierte en lo que Harvey denomina “movimientos insurgentes contra la acumulación por desposesión” (Harvey, 2004); Joan Martínez los caracteriza como “movimientos del ecologismo popular”, en tanto enarbolan lenguajes de valoración inconmensurables con la lógica mercantil del sistema capitalista (Martínez, 2006); y Enrique Leff los define como “movimientos de reapropiación (de la naturaleza) y reexistencia (del ser)” (Leff, 2009) debido a que no luchan por una mejor distribución ecológica y económica, sino por la recuperación de la propia identidad cultural vinculada al territorio y por la reinvencción de los sentidos existenciales a partir de una construcción colectiva autónoma basada en el ejercicio de la racionalidad ambiental. Por otro lado, Leff (2006:37), Svampa (2008:97) y Navarro y Pineda (2009:81) los caracterizan como “movimientos socio-ambientales”, considerando que hacen hincapié en el sentido más profundo de una relación integral con la naturaleza, entendida como espacio vital que no puede escindir-se del mundo social. En suma, se trata de expresiones fundamentales de la lucha de clases para detener el avance instrumental del capitalismo y pelear contra la mercantilización de la vida. Luchas en defensa de lo común y contra

la separación de sus medios de existencia, capaces muchas de ellas de abrir horizontes anticapitalistas de emancipación.

En el caso de América Latina y México, este reciente ciclo de luchas socioambientales ha estado encabezado, principalmente, por los pueblos indios y comunidades campesinas, aunque también han emergido procesos de resistencia de vecinos, habitantes o afectados ambientales de las ciudades u otras espacialidades urbanas, acompañados de activistas, redes y organizaciones sociales.¹

A continuación esbozaremos algunos elementos y rasgos que configuran la confrontación y el antagonismo social de las luchas socioambientales, haciendo hincapié en la memoria como uno de los dispositivos de resistencia más importantes frente al despojo y el cercamiento de los bienes comunes. Se trata pues, de pensar un conjunto de hipótesis sobre las potencialidades de la memoria en los procesos de subjetivación de los sujetos comunitarios contra el capital.

Cabe señalar que estos rasgos han sido conceptualizados como parte de un movimiento teórico, que tiene su centro en la lucha misma, y en el que consideramos que los pueblos no están cons-

¹ El ascenso de la conflictividad socioambiental se expresa en la lucha de comunidades campesinas e indígenas por la cancelación de presas hidroeléctricas, que no sólo los fuerzan a emigrar, sino que, además, amenazan con destruir sus bosques y tierras de cultivo. También, en la resistencia de muchas otras frente a las miles de concesiones que el gobierno mexicano ha otorgado para emprender proyectos de minería a cielo abierto; o ante la autorización de los campos de siembra experimental de maíz transgénico y la reciente aprobación del primer cultivo de soya transgénica. Hay otro conjunto de resistencias que pelean contra proyectos de infraestructura carretera, ferroviaria, portuaria y aeroportuaria, vinculado a la maximización de los beneficios con la consecuente reducción de costos y tiempos para la circulación de materias primas extraídas o producidas. Por otro lado, los megaproyectos turísticos están generando enormes presiones sobre comunidades de campesinos y pescadores que defienden sus tierras y la biodiversidad terrestre y acuática. En las ciudades, como es el caso de la ciudad de México, existen decenas de movimientos en los barrios y pueblos que luchan para impedir el proceso de urbanización y desarrollo de infraestructura para la movilidad urbana sobre tierras de cultivo y de conservación. Muchas otras comunidades, colonias o barrios, ya sufren algún tipo de afectación ambiental relacionada con su contigüidad a rellenos sanitarios, basureros a cielo abierto, confinamientos de residuos tóxicos, descargas industriales y residuales a ríos y otros cuerpos de agua; o las catástrofes derivadas de la explosión de ductos de petróleo en el centro del país, o las comunidades aledañas a los campos de exploración, perforación y extracción en el sureste mexicano.

tituidos por haceres químicamente puros, al contrario, son sujetos atravesados por las contradicciones de la vida en el capitalismo. Sus modos de relación con la naturaleza no siempre están regidos por prácticas totalmente sostenibles o desmercantilizadas, sin embargo, sostenemos que cuando se activa la defensa de un bien común por parte de un pueblo, éste se somete a un proceso de valoración de los bienes colectivos, a nuevas formas de comprensión de lo ambiental y al rastreo de caminos sostenibles para la convivencia y conservación de la naturaleza.²

*Lenguajes de valoración no mercantiles:
la memoria como conciencia colectiva*

Frente a la amenaza de perder las condiciones materiales e inmateriales de reproducción de la vida por cualquier tipo de conflicto ambiental, las comunidades en riesgo reafirman un lenguaje de valoración (Martínez, 2009:18) contrario al monetario que concibe a la vida como una mercancía.

En esta pelea subyace una contradicción entre dos paradigmas en la forma de percibir la naturaleza: *a)* la concepción de “recursos naturales” que es parte del lenguaje de la economía política capitalista mediante el cual la naturaleza se disuelve en una mera aglomeración de recursos útiles o materias primas susceptibles a ser clasificadas en valorables y no valorables, para ser utilizadas, mercantilizadas y transformadas en valores de cambio (Altvater, 2009:2, 4; Marín, 2009:185); y *b)* la visión de “lo común” que se desprende de una concepción milenaria en la que los bienes se comparten y la solidaridad es fundamento de las relaciones sociales. Esta concepción ha sido actualizada por miles de movimientos a nivel mundial que están

² En este artículo incorporamos un conjunto de testimonios como parte de una veintena de entrevistas realizadas a activistas sociales de experiencias indígenas, campesinas y urbanas que enfrentan algún proyecto de despojo de los bienes comunes en México, en el marco de una investigación militante sobre las luchas socioambientales realizada de 2008 a 2012. Las experiencias con las que hemos tenido posibilidad de trabajar son el núcleo inspirador de este esfuerzo que busca visibilizar su enorme potencia y digna lucha contra la dominación.

denunciando las políticas neocoloniales de saqueo y despojo por parte de los estados y las corporaciones transnacionales.

El lenguaje de valoración de los bienes comunes reconoce la naturaleza como un bien inconmensurable íntimamente relacionado con las condiciones necesarias para la reproducción de la vida. En él se reafirma el sentido que la naturaleza tiene, además de estimarse los beneficios que ésta brinda y la relación que hay entre defender los bienes y preservar el modo y los medios de vida con los que se cuenta. La naturaleza es percibida como una totalidad de relaciones hombre-naturaleza sumamente compleja (Altvater, 2009:13), la cual no puede ser convertida en mercancía ni concebida desde la lógica instrumental o de exterioridad con la que opera el capitalismo.

En el lenguaje de valoración de los bienes comunes es profundamente cuestionada la idea de desarrollo que los gobiernos y empresas prometen con la implementación de megaproyectos o emprendimientos relacionados a la extracción de materias primas. “Las luchas se preguntan ¿qué desarrollo?, ¿a quién beneficia?, ¿qué utilidad colectiva traerá?” (Navarro y Pineda, 2009:96). Desde la perspectiva de los poderosos, el cercamiento a los espacios comunales trae progreso, desarrollo y crecimiento; desde la perspectiva del pueblo, los desarrollos capitalistas acarrearán más pobreza e impotencia, hasta el punto de convertir en prescindibles a muchas personas (Shiva, 2006:70). Para los poderosos este desarrollo es ganancia y acumulación; para los pueblos es muerte y exterminio.

En el siguiente testimonio, un integrante del Consejo de Ejidos y Comunidades Opositores a la presa La Parota (CECOP), en Guerrero, cuestiona el discurso de la Comisión Federal de Electricidad (CFE):³

Hay una cosa que la CFE ha dicho y es que nos oponemos al desarrollo, pero nosotros decimos ¿desarrollo para quién?, ¿para las grandes transnacionales? Pues sí, nos oponemos. Si no es un desarrollo para la gente, que respete los derechos humanos, plantee igualdad entre hombres y mujeres, tampoco es desarrollo” (Chávez, CECOP, 2009).

³ Instancia estatal en México encargada de impulsar la construcción de la presa La Parota, sin importar los impactos ambientales, sociales y culturales que ésta ocasionaría.

Los lenguajes de valoración no mercantiles que se despliegan ante conflictos ambientales no sólo pueden explicarse como nuevas sensibilidades políticas de los pueblos con su entorno, sino como actualizaciones de mundos de vida no predatorios⁴ que residen y han habitado en el mismo territorio desde hace muchos años. Se trata de lenguajes de valoración de larga duración tejidos por historias que aparecen y se conectan entre sí a partir de la memoria como ejercicio colectivo.

Como vemos en el siguiente testimonio de un integrante del CECOP, en el que la construcción de la presa hidroeléctrica se relaciona con la resistencia que en otros momentos de la historia el pueblo chope ha librado en ese mismo territorio:

Yo los invito a que se sumen a esta lucha tan noble, que surgió con la esperanza de cuidar la riqueza de nuestros antepasados. Los españoles se robaron nuestro oro: a cambio de espejitos, regalábamos barras y riquezas, ahora, después de tantos años la única riqueza que nos queda es el agua y la tierra, la naturaleza. Que para nosotros significa todo, engloba una serie de sentimientos que para nosotros es invaluable (Suaste, CECOP, 2008).

Entonces, la memoria aparece como una de las fuentes más potentes en la conformación de la conciencia colectiva condensada al calor de la resistencia. Una suerte de reconocimiento sobre la existencia colectiva que genera un sentido sobre el bien y el mal, sobre lo justo y lo injusto. Incluso la memoria llega a detonar un proceso de desfeticización, en el que se vuelven aparentes e inestables las formas bajo las cuales opera el dominio del capital.

En el testimonio de un integrante de la agrupación Un Salto de Vida –que desde hace más de diez años lucha en el Salto, Jalisco,

⁴ Ana Esther Ceceña propone, desde una perspectiva histórica de más de quinientos años, la identificación de formaciones culturales y su relación con la naturaleza, y menciona por lo menos dos tipos de culturas: las no predatorias (afines con la naturaleza, en las que no hay un sujeto único o privilegiado, sino un conjunto de sujetos que interactúan, se complementan y de esa manera van resolviendo sus necesidades); y, por otro lado, las culturas predatorias (en las que el sujeto portador es el hombre y la naturaleza está al servicio del hombre, no como otro sujeto, sino como objeto). De éstas últimas surge la cultura occidental (Ceceña, 2012).

contra la contaminación del río Santiago, el cual desprende gases tóxicos a escasos metros de sus viviendas por la descarga de cientos de industrias— podemos ver cómo mediante la memoria se hace un ejercicio crítico que desfetichiza las relaciones capitalistas y genera conexiones sobre las formas bajo las cuales opera la lógica del valor.

Nosotros aquí sembrábamos, empezamos a crecer y se empezaron a asentar industrias, mucho trabajo, y todos volteamos hacia las industrias. Las industrias llegaron [...] desmadraron el territorio, mataron los peces, secaron los mangos, los membrillos, los duraznos, cosas que teníamos antes sin ningún costo. Como yo les decía, la comida corría por las banquetas, porque los mangos se caían y se tapizaba el suelo. Nosotros acostumbrados a ganar 10 pesos por día y en las industrias pagaban 28 o 100 pesos. Le dimos la vuelta al campo y al río que de ahí comíamos gratis para ir a ganar dinero y comer. ¿Quién, en su sano juicio, hace eso? Si antes comíamos gratis y ahí vamos de tarugos (Enciso, Agrupación Un Salto de Vida, 2010).

La estrategia del poder se centra en hacer invisibles las interconexiones entre capitalismo global, Estado y degradación ambiental y plantear como inexistente o intrascendente la producción de valores de uso relacionados con el territorio en disputa, y como la base fundamental para la extracción de plusvalor (Shamir, 2007).

Por otro lado, en el uso de la memoria como articulación histórica la noción de Walter Benjamin sobre la redención del pasado en las luchas del presente (Benjamin, 2003:20) aparece como una fuente teórica de primera importancia para entender los procesos de actualización comunitaria como formas de lucha contra el capital.

cada nuevo combate de los oprimidos pone en entredicho no sólo la dominación del presente, sino también esas victorias del pasado [...]. Las luchas actuales ponen en cuestión las victorias históricas de los opresores porque socavan la legitimidad del poder de las clases dominantes, antiguas y presentes [...]. La relación entre el hoy y el ayer no es unilateral: en un proceso eminentemente dialéctico, el presente aclara el pasado y el pasado iluminado se convierte en una fuerza en el presente (Löwy, 2003:70-71).

En este sentido, la memoria como conciencia colectiva va construyendo una historia a contrapelo, la cual surge del ejercicio de apropiación del pasado filtrado por el tamiz de la lucha presente. Se trata de una resignificación de la historia para comprender la realidad dominante, posibilitándose con ello la emergencia de una subjetividad revolucionaria (Tischler, 2005:15). Al respecto otro testimonio de un integrante del CECOP: “Estoy orgulloso de haber nacido en Cahuatepec, nosotros tenemos historia, nosotros descendimos de los indios chopes, era un pueblo rebelde, y por eso, aquí, La Parota tiene parte de esta genética, un pueblo rebelde que nunca se ha dejado del gobierno” (Suaste, CECOP, 2008).

*Luchas contra el progreso como barbarie:
la memoria como apertura de la historia*

La constitución de las luchas socioambientales como subjetividades revolucionarias implica un doble movimiento de negación; como luchas contra el capital, pero también contra la izquierda clásica y la visión dominante de progreso que la ha abanderado en estos dos últimos siglos y, específicamente, en América Latina en su historia más reciente, tanto por “los Estados desarrollistas como [por] las diferentes experiencias nacional-populares” (Svampa, 2008:94).

La ideología del progreso como eje fundamental de la lucha de los movimientos revolucionarios desde el siglo XIX está constituida de forma dominante por una visión teleológica en la que se preveían ciertos accidentes históricos como camino necesario para transitar al comunismo. El desarrollo de las fuerzas productivas se creía condición necesaria para la liberación humana, el propio Marx pensaba que con dicho desarrollo se

acababa con la propiedad en pequeña escala e incrementaba la capacidad productiva del trabajo, creando las condiciones materiales para liberar a la humanidad de la escasez y la necesidad. También suponía que la violencia que había presidido las primeras fases de la expansión

capitalista retrocedería con la maduración de las relaciones capitalistas (Marx, 1909, citado en Federici, 2011:22).

Sin embargo, muchas voces en diálogo con Marx o criticando las tradiciones más ortodoxas del marxismo –tal es el caso de Nicolai Danielson, Vera Zasulich, Rosa Luxemburgo, Walter Benjamin, Max Horkheimer, Theodor Adorno, Hebert Marcuse o E.P. Thompson– alertarían sobre el lado siniestro del progreso, el recrudescimiento de la violencia en relación con el desarrollo histórico del capital, la fetichización del productivismo, la dominación de la naturaleza y el culto al trabajo como causantes de los peores horrores de la modernidad e incluso como detonantes de una crisis que hoy muchos coinciden en nombrar como civilizatoria (Echeverría, 2005:34; Vega Cantor, 2009:31; Fernández, 2012).

Según Bolívar Echeverría, la crisis civilizatoria, en su sentido más profundo, refiere a la crisis del proyecto de modernidad que se impuso en el proceso de modernización de la civilización humana sobre procesos civilizatorios alternativos. Esta crisis –de por lo menos cien años– detonó porque la civilización de la modernidad capitalista no puede desarrollarse sin volverse contra sus propios fundamentos: la del trabajo humano que busca abundancia de bienes mediante el tratamiento técnico de la naturaleza (Echeverría, 2005:34-35).

Esta crisis constituida por la contradicción del capital contra sus propios fundamentos de reproducción, sin lugar a dudas se ha agudizado en los últimos treinta años a la luz de la política de muerte y aniquilamiento sobre el mundo vivo humano y no humano.

Ante las falsas salidas que los gobiernos y corporaciones pretenden generar dentro de la llamada “economía verde” –las cuales sólo son una alternativa para volver rentable la propia crisis y encontrar nuevos nichos de acumulación–⁵ y los gobiernos progresistas que insisten en

⁵ El Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (ETC) ha definido la economía verde como un nuevo tipo de economía más allá de la sustentada en la petroquímica, en la que las industrias más grandes del mundo están compitiendo por tierras, recursos naturales y plataformas tecnológicas para la transformación de biomasa. A raíz de la Cumbre de la Tierra (Río+20) realizada en junio de 2012 se está promoviendo la noción

una visión instrumental de progreso para la transformación social,⁶ las luchas socioambientales irrumpen en la escena pública para advertir los fundamentos de la crisis y pensar en las posibilidades de una modernidad alternativa. En este sentido, podríamos considerar que las luchas socioambientales –como parte de un amplio proceso revolucionario– han activado el freno de emergencia antes de que la humanidad se precipite al abismo por la marcha del progreso capitalista (Benjamin, 2003:40).

Basta recordar cómo los movimientos de izquierda en América Latina han renegado de la crítica que el movimiento ambientalista ha hecho del paradigma productivista y de su pesimismo respecto al papel de la ciencia y la tecnología como medios para la resolución de los problemas humanos y naturales. Para estos movimientos, como plantea Svampa “la problemática ecológica era considerada una preocupación importada de la agenda de los países ricos y vinculada directamente con el grado de desarrollo alcanzado” (Svampa, 2008:94).

Es quizá a este nuevo ciclo de luchas socioambientales al que no puede negársele más la razón ni la legitimidad de su crítica al desarrollo de las fuerzas productivas y la idea de progreso con sus terribles consecuencias. Este nuevo ciclo de luchas socioambientales es, en ese sentido, actualización y continuidad de los movimientos ambientalistas y ecologistas que desde la década de 1960 en Europa y Estados

de una “gran transformación tecnológica verde” que posibilitará la mencionada economía verde como clave para la supervivencia de nuestro planeta (ETC, 2011:2, 4).

⁶ Nos referimos a los gobiernos progresistas que en América Latina en los últimos años han llegado al poder, bajo diferentes situaciones, pero con apoyo de las fuerzas sociales de cada país. Estos gobiernos tienen la característica de estar ligados, en mayor o menor medida, a los intereses de las corporaciones transnacionales y especialmente a aquellas vinculadas con el sector extractivo. Para profundizar al respecto, vale la pena retomar a Seoane, Taddei y Algranati (2011), quienes plantean que después del quiebre de la hegemonía neoliberal en la región, se generó un panorama político latinoamericano mucho más heterogéneo que en la década de 1990, el cual puede analizarse a la luz de tres proyectos societales que, actualmente, se encuentran en disputa: 1) el socialismo del siglo XXI o socialismo comunitario (Bolivia, Venezuela y, por lo menos inicialmente, Ecuador); 2) el neoliberalismo de guerra o neoliberalismo armado (México, Colombia y Perú, por lo menos hasta Omala); y 3) el neodesarrollismo (Argentina y Brasil). En todos estos proyectos, más allá de las enormes diferencias, el crecimiento exponencial del precio internacional de los *commodities* durante la última década, los asimila peligrosamente en su relación con el neoextractivismo.

Unidos ya anunciaba las consecuencias del desarrollo ilimitado del capitalismo en un planeta con recursos finitos.

De tal suerte, es posible pensar este ciclo de luchas socioambientales como parte de una nueva constelación de movimientos que trata de abrir la historia, rompiendo el tiempo homogéneo del progreso capitalista, e irrumpiendo en él a partir de la resistencia y la emergencia de una subjetividad alternativa y revolucionaria.

Desde ese sitio se abre el pasado, se actualiza o irrumpe lo que ha sido negado en la duración de la dominación y ocultado por el discurso positivista sobre la historia. Esencialmente, abrir el pasado es pensar el tiempo de la resistencia y la lucha contra el dominio como parte constitutiva de una subjetividad radical que es parte de la contradicción entre trabajo vivo y capital o entre trabajo vivo y dominio (Tischler, 2005:7-8).

Frente a la crisis civilizatoria y lejos de cualquier visión determinista o cerrada de la historia, está claro que el camino es incierto, no hay certeza alguna de que en los siguientes años sea alentador; sin embargo, estas luchas son parte de un movimiento más amplio que busca construir y sostener en el aquí y ahora modos de vida que albergan posibilidades sustentables de gestión de la vida. Todo esto, además, en medio de una fase de acumulación capitalista en la que se ha recrudecido cada vez más la violencia y las estrategias de dominación,⁷ donde resalta la criminalización de la protesta, la represión, la militarización y la contrainsurgencia contra los movimientos sociales.⁸

⁷ Al respecto recomendamos revisar la tipología sobre estrategias de dominación, como legalidad institucional, consenso y legitimidad, captura y cooptación, disciplinamiento y normalización, criminalización de la protesta, represión, militarización y contrainsurgencia (Composto y Navarro, 2011).

⁸ En México, durante el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012), ha crecido estrepitosamente la cifra de casos de activistas y luchadores sociales perseguidos, amenazados, vigilados y asesinados. El registro de asesinatos relacionados a conflictos ambientales es alarmante: Aldo Zamora, comunero tlahuica del Estado de México y defensor de los bosques del Parque Nacional Lagunas de Zempoala; Francisco Quiñones, en Jalisco, por su lucha contra la minera Peña Colorada; Dante Valdez, maestro de Chihuahua que denunció a la minera Minefinders; Mariano Abarca en el marco de la lucha contra el emprendimiento minero de la empresa Blackfire en Chicomuselo, Chiapas; 29 comuneros en Ostula, Michoacán, en

Tiempo de umbrales: la memoria como ruptura

Las luchas socioambientales son entramados comunitarios, entendidos como sujetos colectivos de muy diversos formatos y clases con vínculos centrados en lo común y los espacios de reproducción de la vida humana no directa ni inmediatamente ceñido a la valorización del capital (Gutiérrez, 2011:13-14). Estos entramados ligados a la defensa de un bien común tienen la particularidad de funcionar bajo modos de autoregulación en los que “las personas trabajan con el fin de proporcionarse directamente a sí mismas las condiciones necesarias para mantener sus vidas”, se trata de “economías de sustento” en las que la producción y reproducción humanas son primeramente posibles (Shiva, 2006:25).

En el ámbito comunitario, la dimensión espacio-temporal funciona como una red de poder social para la gestión de la vida cotidiana. Esas relaciones sociales están tejidas históricamente a partir de ciertas tradiciones que coexisten o contienden con nuevos elementos que se van incorporando a la cultura popular. Coincidiendo plenamente con Nugent pensamos que “la cultura popular es contradictoria puesto que incorpora y elabora símbolos y significados dominantes, pero también los combate, los desafía, los cuestiona, los rechaza, los revalúa, los reacentúa y ofrece alternativas frente a ellos” (Nugent y Alonso, 2002:176).

En los momentos de confrontación, regularmente dichos entramados cuentan con ciertas disposiciones colectivas para activar un sujeto comunitario protagonista de la lucha, desplegándose un antagonismo entre la comunidad y el capital. Esta serie de estrategias, principios de organización de la vida social y de construcción

el proceso de recuperación de sus tierras; Bernardo Méndez Vásquez y Bernardo Vásquez Sánchez de la Coordinadora de los Pueblos Unidos del valle de Ocotlán en Oaxaca, en el marco de la lucha contra el otorgamiento de concesiones mineras en esa región; cinco comuneros del municipio autónomo de Cherán a raíz de la organización del pueblo contra el crimen organizado y los talamontes; Fabiola Osorio Bernáldez de la asociación civil Guerreros Verdes, afiliada a la Red Manglar México y activa defensora del ambiente en Guerrero. Hasta el momento, la mayoría de estos crímenes están lejos de ser esclarecidos por parte de las autoridades mexicanas.

del mundo de la vida son parte del *ethos* histórico (Echeverría, 2005:162) que en los momentos de conflicto se ilumina y articula con mayor visibilidad. En los campos de disputa estas estrategias entran a prueba, mostrando en algunas ocasiones lo mejor de ese poder social, pero también revelando su lado más perverso. La tradición incluyendo su lado más potente y conservador es sometida a un profundo cuestionamiento en términos de su eficacia y significación cultural.

En este sentido, la memoria como subversión y respuesta desde la particularidad de estas luchas tiene la capacidad de romper y poner en duda cualquier trazo lineal de futuro, pero también de tradición. Tal y como lo plantea Ceceña:

en los procesos emancipatorios la comunidad pasa de herencia y estrategia intuitiva de sobrevivencia a eje consciente de la organización y construcción societal. Es decir, va creando nuevas relaciones políticas y nuevos imaginarios, que son a la vez un modo de subvertir, socavando, las relaciones de poder. [Sin embargo, estas relaciones] sólo pueden ser subvertidas mediante una desfechitización consciente; entendiendo el modo de funcionamiento del poder y sus límites; encontrando sus vulnerabilidades; pero asumiendo abiertamente también las vulnerabilidades de la comunidad, y encontrando maneras de mantenerla bajo revisión permanente (Ceceña, 2008:103-104).

La experiencia de las mujeres en las luchas socioambientales es quizá el ejemplo más ilustrativo sobre las rupturas y discontinuidades que la comunidad puede enfrentar entre los nuevos modos de relación y la propia tradición atravesada por la dominación que lucha por reproducirse. Por ejemplo, la activa participación de las mujeres en los espacios de la lucha comienza a generar modificaciones en la forma en la que ellas habitan el terreno de la vida cotidiana y comunitaria, enfrentando las relaciones históricas de dominación, patriarcado y machismo.

Podemos ver las modificaciones del papel de la mujer en la producción de una nueva política, en el testimonio de un integrante y una integrante del Consejo de Pueblos Unidos en Defensa del Río

Verde (Copudever) que luchan contra la construcción de la presa Paso de la Reina en Oaxaca:

Sobre la participación de las mujeres, con todo este movimiento aquí en el pueblo todavía existen muchos hombres machistas que dicen que las mujeres no tienen ni voz ni voto en una asamblea general del pueblo, ya se venía discriminando a las mujeres, pero este año y con este movimiento pues ya abiertamente está declarado de que las mujeres tienen derecho a participar en una asamblea en la toma de decisiones o se le está dando ese espacio para que participen de la reunión y en adelante las mujeres puedan ocupar cargos, pueda ocupar un cargo de policía municipal, pueda ser una secretaria, una tesorera de la agencia. Ya se abrió el espacio hay que cuidarlo y que la mujer también haga valer su derecho, que exija, que como mujer es ciudadana y tiene todos los derechos de los varones, fue un movimiento que se lo ganó (Jiménez y Chávez del Copudever, 2010).

Sin lugar a dudas, la comunidad es un terreno contradictorio que “para emerger y, sobretodo, para rebelarse contra el poder requiere poner en movimiento todo su saber acumulado, su memoria y su astucia” (Ceceña, 2008:106). En este sentido, la memoria como subversión empuja hacia la exploración de las relaciones de dominación anidadas en la tradición, como condición para atravesar los umbrales necesarios para construir relaciones de nuevo tipo.

*Luchas de autodeterminación:
la memoria como campo de prefiguración*

En el proceso de confrontación con el capital y del rechazo al despojo hay ciertas capacidades colectivas de gestión de lo común que se reafirman: prácticas ya existentes de las economías de sustento que se fortalecen, al mismo tiempo que surgen nuevos aprendizajes que, en suma, profundizan la relación con la tierra y el metabolismo de la actividad humana con la naturaleza. Como podemos ver en el siguiente testimonio de un integrante del CECOP, que reconoce cómo a partir

del riesgo de perder sus medios y modos de vida por la construcción de una presa en su comunidad ha surgido una nueva sensibilidad que valora los bienes comunes:

Lo que ha cambiado es que la gente le tenga más amor a la tierra, que la cultive más, que estén interesados en demostrar que el campo sí produce, sí da de comer y que también del campo hemos obtenido recursos para preparar a nuestros hijos, hay doctores, ingenieros, maestros. Y creo que ha salido de ahí, del producto de la tierra. Y la tierra es nuestra madre. Y hemos dicho que la vamos a defender si es necesario con la vida, pero no vamos a permitir que la sigan destruyendo (Flores, CECOP, 2010).

Esas capacidades colectivas constituidas desde la singularidad de la sensibilidad política de un nuevo tipo, son parte de un movimiento de negación del capital y de producción de alternativas frente a la amenaza del despojo. De hecho, podríamos decir que estas experiencias están constituidas por una política prefigurativa entendida como “un conjunto de prácticas que, en el momento presente, ‘anticipan’ los gérmenes de la sociedad futura” (Ouviaña, 2008:180). Esto implica que la lucha por una sociedad diferente debe crearse a partir de sus propias formas y medios de lucha (Holloway, 2011:51), a diferencia de la concepción instrumentalista (Mazzeo, 2007:80) de la política de los movimientos revolucionarios del siglo xx, caracterizada por la separación de los medios con respecto a los fines para la superación del capitalismo, y por la concepción del poder como objeto, el cual debía asaltarse, tomarse o conquistarse. La herramienta para lograr tal objetivo era el partido político “revolucionario” cuya función era la dirección de la espontaneidad y el aprovechamiento de la historia (Mazzeo, 2007:89).

La política prefigurativa por su parte implica un doble movimiento en el que no sólo se rechaza el poder del capital, sino que existe un impulso de autodeterminación más allá de la sociedad existente, “el rechazo a la determinación impuesta por otros conlleva el impulso hacia la autodeterminación [...] (e)l *no* contiene un *sí*, o de hecho, muchos *síes*, pero estos *síes* están enraizados en el *no* a la sociedad existente, su fundamento es una gramática de la negatividad” (Holloway, 2006:3).

Frente al despojo y la determinación impuesta, estos movimientos luchan por mantener ciertos modos de autoregulación y gestión de lo común a pesar de las enormes presiones del mercado y la cultura dominante, así como en una política de la autonomía no centrada en el Estado, como eje práctico de su acción (Gutiérrez, 2011:29).⁹ En palabras de Holloway podríamos decir que los movimientos socioambientales son luchas contra y más allá del capital simultáneamente, en tanto sus impulsos de autodeterminación “son movimientos en-contra de la sociedad que está basada en la negación de la autodeterminación y, al mismo tiempo, es una proyección más allá de la sociedad existente, una proyección en el soñar, en el hablar, en el hacer” (Holloway, 2006:4).

Desde la racionalidad prefigurativa, podemos ver cómo la transformación revolucionaria “deja de ser un horizonte futuro, para arraigar en las prácticas actuales que en potencia anticipan el nuevo orden social venidero” (Ouviña, 2008:180). En este sentido, la idea de revolución comienza a llenarse de nuevas prácticas que ponen en crisis su forma más clásica y su lógica instrumental de medios y fines. Podemos decir que el corazón de la relación de los pueblos con los

⁹ Algunos de los rasgos de la política autónoma que por lo general podemos rastrear en estas luchas son: el emprendimiento de una vía política propia –muy diferente a la tradicional–, en las que destaca la apelación a su carácter de “autoconvocados”. En una primera fase, estas luchas tienden a emerger como movimientos del NO, movilizadas por la oposición a problemáticas puntuales que los afectan de forma directa. Asimismo, presentan una dinámica asamblearia y horizontal de organización, con estructuras poco rígidas que buscan evitar la escisión entre dirigentes y dirigidos (Navarro y Pineda, 2009). Si bien no con la misma intensidad, existe en todos los casos una tendencia a generar espacios de discusión más democráticos, que privilegian el proceso de deliberación colectiva y la toma de decisiones por consenso, así como la designación rotativa de delegados para llevar a cabo las diversas actividades acordadas. Por otra parte, el despliegue de estas luchas tiene como precondition la creación y experimentación de nuevas relaciones sociales no escindidas de lo cotidiano y del espacio vital que representa el territorio. Aunque en algunas coyunturas, estos movimientos apelan a la utilización de canales institucionales y recursos jurídicos para frenar o retrasar el avance de los proyectos de desposesión, en la mayoría de los casos se evidencia una fuerte apuesta a la acción directa no convencional y disruptiva como principal herramienta de lucha, así como a la articulación y coordinación con otras organizaciones sociales y experiencias de resistencia, que rechaza el vanguardismo y los intentos de hegemización (Composto y Navarro, 2011:14-15).

bienes colectivos desborda la racionalidad instrumental, al ser medios y modos de vida al mismo tiempo.

Este doble movimiento de negación, ruptura y autodeterminación queda muy claro en la expresión de los zapatistas cuando dicen “es importante resistir, pero también es importante construir el mundo que queremos aquí y ahora”. O como señala un integrante de la Asamblea Nacional de Afectados Ambientales “así como hay que ubicar los proyectos de arriba que quieren destruirnos, también tenemos que hacer mapas para decir dónde queremos construir nuestros propios sueños” (Entrevista a Magdiel Sánchez, 2010).

Y es en el doble movimiento de la negación y del impulso de la autodeterminación que la memoria aparece como un recurso fundamental para imaginar y rastrear modos de relación con la naturaleza no mercantiles, mediados por valores de uso que hacen posible pensar en alternativas más allá del capitalismo. En este sentido, tal y como comenta Tischler “la memoria no es una simple rememoración del pasado, sino una fuente vital para configurar el antagonismo presente con las luchas anteriores y desplegar una idea de futuro a partir de la autodeterminación de los propios pueblos” (Tischler, 2005:8, 95).

El antagonismo de estos entramados comunitarios con el capital, como sujetos colectivos no totalmente dominados por la lógica del valor y en espacios sumamente precitados para el capital hace que sean especialmente presionados y estén expuestos a altos niveles de violencia y represión por parte de los gobiernos y las empresas transnacionales. Evidentemente, esto produce condiciones sumamente complicadas y precarias para resistir, sostener las economías de sustento y construir alternativas. Pese a todo esto hay numerosas experiencias que las luchas socioambientales están construyendo en las cuales la memoria es un potente impulso de imaginación y creatividad.

Ejemplo de ello es el caso del proyecto de la Escuela de la Tierra en el Salto para producir alimentos orgánicos en medio de la muerte provocada por la contaminación del río Santiago en Jalisco. En el siguiente testimonio una integrante de ese esfuerzo plantea la necesidad de construir alternativas desde el ámbito comunitario para la sobrevivencia frente al desastre ambiental:

hay mucha gente que es profesional, que tiene conocimientos, saberes previos, sabe cómo resolver, en cuestión de protección a la salud, o de aumentar el acervo de hierbas, alimentos, de nutrición. Nosotros no le vemos un camino rápido, pero sí tenemos la urgencia de hacer un camino alternativo, para que, en lo que se arreglan las cosas, juntos tengamos modos de protección y prevención. Porque, a como van las cosas, creemos que en unos cinco años nos vamos a morir muchísimos más (Graciela Enciso, 2010).

Por otro lado, los ejidatarios y vecinos de Tláhuac han organizado un tianguis de productos orgánicos cosechados por ellos mismos como forma de resistencia y defensa de la tierra frente al despojo por la construcción de la Línea 12 del Metro en la ciudad de México. En el caso del CECOP, que actualmente ha ganado la cancelación temporal de la presa La Parota el CECOP plantean el siguiente reto: “ahora tendremos que demostrar que hay otras formas de generar energía y de avanzar hacia un mundo más justo y más grande, sin depredar los ecosistemas, sin acabar con la flora y la fauna de nuestros países y sobre todo sin atentar contra la vida de millones de seres humanos” (CECOP, 2010).

Cabe señalar que las tareas que conlleva la generación de alternativas son inmensas, sobre todo si consideramos que además de las actividades propias de la resistencia, tienen que satisfacer cotidianamente las necesidades básicas de subsistencia. De tal modo que la política prefigurativa se presenta como todo un desafío, “como articular la satisfacción de aquellas necesidades urgentes del presente, contribuyendo a la vez a la creación del porvenir en nuestra realidad cotidiana” (Ouvina, 2008:180). En este sentido, hay que decir que son pequeños e incipientes los alcances prácticos de estas experiencias, sin embargo bajo las condiciones actuales es un verdadero logro mantenerse en medio de la tensión entre lo urgente, lo necesario, la violencia y presión del capital.

En suma podemos considerar que las luchas socioambientales son una de las expresiones más importantes de la lucha de clases en la actualidad, en el marco de la crisis ecológica y la catástrofe capitalista que el mundo vivo humano y no humano enfrenta. Conside-

ramos que en estas luchas está emergiendo una nueva subjetividad como proceso de constitución de un sujeto antagónico (Tischler, 2005:117) que desde lo social despliega una capacidad política disruptiva y constituyente de modos diversos de habitar el mundo ante la crisis ambiental, política, económica y social por la que atraviesa el actual orden civilizatorio.

Bibliografía

- Alimonda, Héctor (2009), “Una introducción a la ecología política latinoamericana”, [clase en el curso] Ecología política en el capitalismo contemporáneo, Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, junio, Buenos Aires.
- Altvater, Elmar (2009), “La Ecología desde una óptica marxista”, [clase en el curso] Ecología política en el capitalismo contemporáneo, Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires.
- Bellamy Foster, John (2000), *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza*, Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo, España.
- Benjamin, Walter (2003), *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Editorial Contrahistorias, México.
- Ceceña, Ana Esther (2008), *Derivas del mundo en el que caben todos los mundos*, FLACSO / Siglo XXI, Argentina.
- _____ (2012), “Dominar la naturaleza o vivir bien: disyuntiva sistémica”, *Nostromo. Revista crítica latinoamericana. Crisis ambiental, neo-extractivismo y antagonismo social*, año IV, núm. 5, México.
- Composto, Claudia y Mina Lorena Navarro (2011), “Territorios en disputa: entre el despojo y las resistencias. La megaminería en México”, *Colección. Entender la descomposición: vislumbrar las posibilidades*, núm. 4, Publicaciones Seminario Casa de Ondas, septiembre.
- Echeverría, Bolívar (2005), *La modernidad de lo barroco*, Era, México.
- Federici, Silvia (2011), *El calibán y la bruja: acumulación originaria, cuerpo y mujeres*, Editorial Tinta Limón, Buenos Aires.
- Fernández Buey, Francisco (2012), “Sobre ecosocialismo en la crisis de civilización”, *Revista Nostromo*, núm. 5, México, por publicar.

- Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (ETC) (2011), “¿Quién controlará la economía verde?” Disponible en [http://www.etcgroup.org/upload/publication/pdf_file/ETC_wwctge_ESP_4web.pdf].
- Gutiérrez, Raquel (2011), “Pistas reflexivas para orientarnos en una turbulenta época de peligro”, en *Palabras para tejernos, resistir y transformar*, Pez en el Árbol, México.
- Harvey, David (2004), “El ‘nuevo’ imperialismo: acumulación por desposesión”, *Socialista Register*, [<http://socialistregister.com/index.php/srv/issue/view/1167>].
- Holloway, John (2011), *Agrietar el capitalismo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires.
- _____ (2006), *Contra y más allá del capital*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires.
- Leff, Enrique (2009), *Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza*, Siglo XXI, México.
- _____ (2006), “La ecología política en América Latina: un campo en construcción”, en Héctor Alimonda (comp.), *Los tormentos de la materia*, CLACSO, Buenos Aires.
- Löwy, Michael (2003), *Walter Benjamin: aviso de incendio*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- Marín, Marcela (2009), “El ‘no a la mina’ de Esquel como acontecimiento: otro mundo posible”, en Maristella Svampa (comp.), *Minería transnacional, narrativas de desarrollo y resistencias sociales*, Biblos, Argentina.
- Martínez Alier, Joan (2009), “Conflictos ecológicos y lenguajes de valoración” [clase en el curso] *Ecología política en el capitalismo contemporáneo*, Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, mayo, Buenos Aires.
- _____ (2006), *El ecologismo de los pobres*, Icaria, Barcelona.
- Marx, Karl (2000), *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Mazzeo, Miguel (2007), *El sueño de una cosa: introducción al poder popular*, Editorial El Colectivo, Buenos Aires.
- Navarro, Mina Lorena y Pineda, Enrique (2009), “Luchas socioambientales en América Latina y México: nuevas subjetividades y radicalidades en movimiento”, *Revista Bajo el Volcán*, núm. 14.

- Nugent, Daniel y Ana María Alonso (2002), “Tradiciones selectivas en la reforma agraria y la lucha agraria”, en *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, Era, México.
- Ouviña, Hernán (2008), “Hacia una política prefigurativa. Algunos recorridos e hipótesis en torno a la construcción de poder popular”, en *Reflexiones sobre el poder popular*, Editorial El Colectivo, Argentina.
- Seoane, José, Emilio Taddei y Clara Algranati (2011), “Tras una década de luchas. Realidades y desafíos de los proyectos de cambio en Nuestra América”, *Revista Herramienta*, núm. 46, marzo, Argentina, [<http://www.herramienta.com.ar/>].
- Shamir, R. (2007), “La responsabilidad social empresarial: un caso de hegemonía y contrahegemonía”, en B. de Sousa Santos y C. Rodríguez Garavito (eds.), *El derecho y la globalización desde abajo. Hacia una legalidad cosmopolita*, Anthropos, Barcelona.
- Shiva, Vandana (2006), *Manifiesto para una democracia de la tierra*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- Svampa, Maristella (2008), *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Tischler, Sergio (2005), *Memoria, tiempo y sujeto*, BUAP / F&G Editores, Guatemala.
- _____ (2008), *Tiempo y emancipación: Mijail Bajtín y Walter Benjamín en la Selva Lacandona*, F&G Editores, Guatemala.
- _____ y Mina Lorena Navarro (2011), “Tiempo y memoria en las socioambientales en México”, *Desacatos*, núm. 37, Guadalajara, septiembrediciembre.
- Vega Cantor, Renán (2009), “Crisis civilizatoria”, *Revista Herramienta*, núm. 42, Buenos Aires, octubre.

Entrevistas

- Entrevista a Graciela Enciso y Enrique Enciso, agrupación Un Salto de Vida, febrero de 2010.
- Entrevista a Jaime Jiménez Ruiz y Estela Chávez del Copudever, realizada por Mina Navarro, Paso de la Reina, VII Encuentro del Movimiento de Afectedos por las Presas y en Defensa de los Ríos (MAPDER), febrero de 2010.

Entrevista a Marco Suaste del CECOP, realizada en el Encuentro Popular sobre Agua y Energía, Aguacaliente, Guerrero, noviembre de 2008.

Entrevista a Felipe Flores del CECOP, realizada por Mina Navarro, México, D.F., mayo de 2010.

Entrevista a Rodolfo Chávez del CECOP, Chiapas, diciembre de 2009.

Entrevista a Magdiel Sánchez, realizada por Mina Navarro, ciudad de México, febrero de 2010.

Recibido el 12 de enero de 2012.
Aprobado el 22 de mayo de 2012.